

# ANTE TODO, LO MODERNO

José Laborda Yneva

92

El conocimiento de la arquitectura de épocas pretéritas —y aun de la nuestra— ha de tener como base inevitable la comparación histórica basada en el repaso de una casuística plena de matices alterados por crisis sucesivas, en las que se suceden hitos de referencia que se convierten en argumentos temporales para la definición de la evolución de los estilos. Porque es precisamente la evolución lo que define el concepto de arquitectura: el sucesivo entendimiento de las variables formales que conducen a la divergencia y señalan los momentos excelsos en los que se materializan los modelos producidos por los maestros que luego formarán los cauces que otros seguirán mediante transformaciones circunstanciales, hasta que una nueva propuesta logre asumir sus precedentes y señale nuevos caminos.

Se trata de la progresión combinada entre el genio, la observación de los antecedentes y la obtención de resultados que en modo alguno deben suponerse casuales, porque ninguno de ellos podría entenderse sin sus precedentes. Es la comparación lo que causa el progreso de los conceptos en todos los ámbitos; y la arquitectura no sólo no es una excepción, sino que contiene en su esencia de cada momento cuantas formas lograron precederla.

Una investigación abierta siempre hacia la novedad, obsesionada por acogerse a la vanguardia, para lograr luego estabilidades momentáneas que se suponen a sí mismas universales en su tiempo, pero que pronto serán reemplazadas por otras en una cadencia inagotable hacia la utopía de la superación. Algo que, evidentemente, nos muestra caminos que muchas veces se pierden en el error, pero que no por eso dejan de suponer experiencias que necesariamente habrán de conocerse para avanzar sobre ellas.

Y ese conocimiento necesita ante todo un método ordenado, como nos muestra este libro, que paso a paso analiza trescientos años de arquitectura a partir de la ruptura con lo medieval. Un repaso completo del clasicismo a través de la percepción de sus matices sucesivos, desde Brunelleschi a Mansart, sucesión de propuestas que desean establecer un orden superior que las rescate de la confusión que las asedia. Un texto que quiere explicarnos que la historia de la arquitectura no debe consistir únicamente en la comprensión de sus hitos singulares, como tampoco la historia puede establecerse tan sólo a través del relato de los actos de los poderosos. Ha de ser la correspondencia entre unos y otros momentos

de esplendor, y sobre todo el análisis de los vacíos que ellos dejan entre sí, lo que realmente puede ofrecer una comprensión razonada de la arquitectura. Porque esos vacíos se hallan repletos de actos que suponen mucho más que simple mediocridad entre dos soluciones geniales. Se trata del análisis que proporciona su identidad auténtica a las épocas, sin caer en la simplificación de considerar lo edificado como el único símbolo excelso de la arquitectura, y valorando, en cambio, la existencia circunstancial de los entornos, sin lo que lo arquitectónico carecería por completo de sentido. Y eso tal vez nos obligará a reconsiderar ese otro concepto, ilusorio, lejano, casi indeterminado, que supone para nosotros el clasicismo.

Este va a ser el argumento esencial del relato que Castex inicia con el florecimiento de la «manera moderna», esa obsesión por la novedad que condujo a Brunelleschi a construir una cúpula «capaz de cubrir con su sombra todos los pueblos de Toscana», como dirá Alberti. Fue el desafío del debate sobre la forma, que el propio Alberti se ocupará de fijar a través de su excelsa teoría, fuente inagotable de la superioridad intelectual del ejercicio de la arquitectura. Algo que la crisis manierista comenzará a revisar merced al concepto elástico del espacio practicado por

Miguel Angel y la aparición de las nuevas tipologías arquitectónicas en Italia: fueron los palacios romanos del XVI, las «villas» de Palladio, las renovadas formas de los trazados de Roma desde Julio II a Sixto V.

Inevitablemente esa evolución va a desembocar en el nuevo concepto de la superposición del espacio a través de sus planos de referencia. Y así la herencia del Renacimiento será asumida por el Barroco, donde la interconexión entre lo edificado y su ámbito circundante ofrece matices antes insospechados. Nuevos trazados, nuevas formas de relacionar la arquitectura con el aire que la envuelve. Interiores saturados de sugerencias exteriores que engendran ámbitos urbanos. El esplendor del Barroco. Tal vez la última crisis del clasicismo, que abandonará el raciocinio para sumergirse en la veleidad. En ese momento se cierra la evolución de la arquitectura moderna y también el relato de este libro que no desea avanzar en la incertidumbre que va a ser heredera de la última crisis de lo moderno.

93

■ JEAN CASTEX: *Renacimiento, Barroco y Clasicismo*. Ed. Akal Arquitectura, Madrid, 1994. 389 págs. ■